

La mujer y el arte

Graciela García Santana

Miembro del Departamento de Historia del ISTIC
(Sede Gran Canaria)

A la pregunta ¿cómo es tratada la Mujer en el Arte? Debería contestarse casi con un ¿cómo es tratado el arte? Y, aunque parezca un poco pretencioso decirlo, la proporción de veces que la mujer ha inspirado el corazón del artista, es sencillamente abrumadora. Tal como dice el historiador del arte Ernst H. Gombrich no existe el arte, sino sólo existen los artistas¹. Y habría que añadir «éstos y su buen hacer» Y los artistas, mayoritariamente, han sido hombres... Entonces la pregunta sería ¿cuál es el protagonismo de la mujer en el arte? Para contestarla, se hará un sencillo recorrido histórico y se intentará ver la preocupación y el deseo que la mujer ha sugerido a los artistas.

La Mujer de la Prehistoria (10000 a.C.)

Desde que el hombre es un *sapiens-sapiens*, los arqueólogos no dudan en calificar al hombre como «artista». En la época del Paleolítico se han encontrado importantes restos de su trabajo que nos hablan de sus preocupaciones, de sus inquietudes, de sus miedos y de sus hazañas. A través del arte se puede vislumbrar la posible categoría que tenía la mujer en la tribu de nómadas cazadores y recolectores que competían por el territorio y, también se puede interpretar su condición social y su importancia. Ella era, sin duda, la procreadora, la

1 GOMBRICH, Ernst., *Historia del Arte*. Ed. Alianza. Madrid, 1984.

organizadora y la productora. Los hombres cazaban y las mujeres se encargaban de cuidar el hogar, de recoger todo lo que la tierra pudiera brindarles para su alimentación, de proteger y cuidar a los niños, porque la tribu era consciente de que el futuro de ésta dependía del éxito del cambio generacional. Si no era así, la condena estaba garantizada. Y, en ese momento, la mujer ocupa un papel «relevante» y los artistas de la tribu plasman esta necesidad y empiezan, en cierto modo, a venerar la imagen de lo que ellas representan.

Esta es la interpretación que se da a las llamadas *Venus Paleolíticas*. Se han encontrado en diversos yacimientos de Europa, pero todas reúnen características comunes. Un exagerado desarrollo de senos, nalgas, y caderas. No importa el rostro, porque no es una mujer en sí, sino la Mujer en el amplio sentido de la palabra, la portadora de la vida para la tribu, la que puede tener hijos. Era su manera de reverenciar la maternidad y, en el fondo, la fertilidad. ¿Se puede ver un misticismo en ello? No necesariamente. Y así tenemos algunos ejemplos como la Venus de Willendorf, Lespugue, Lausel y Brassempuy entre otras.

Después, y pasados unos pocos miles de años, el artista la seguirá representando y así también la vemos en escenas cotidianas y naturales como reunida con otras mujeres o, en sus faenas de trabajo, como las encontradas en las cuevas neolíticas del Levante español.

La Mujer del Mundo Antiguo Del siglo VI aC al siglo VI dC

Las grandes civilizaciones fluviales desarrollaron un arte monumental y a la vez, amable y delicado. Se trata de Egipto y de Mesopotamia.

Egipto, a pesar de ser la cultura de las grandes pirámides, de formidables templos, de esculturas colosales y amplios palacios, también fue capaz de recrearse en el arte de lo pequeño, de pinturas delicadas, de temas exquisitos y así también descubre a la mujer egipcia. Con un papel poco destacado socialmente, exceptuando algunas reinas o esposas de faraones.

Los egipcios creían que, además de conservar sus cuerpos, necesitaban plasmar las propias imágenes para que sus vidas perennizaran y así seguir viviendo para siempre. Y, por eso, los escultores y los pintores recreaban sus imágenes para que, a través de éstas, sus almas viviesen. Sin embargo, *las Hijas*

de Akenatón, una pintura que se encuentra en la residencia real de Tell-el Amarna, hoy en el Ashmolean Museum de Oxford, rompe con estas intenciones de vana eternidad y presenta a dos niñas. Son las hijas del faraón Amenofis IV. Se trata de unas princesas egipcias, jugando cómodamente sentadas en su real casa.

Akenatón, que significa «El-que-es-servicial-para-el-Atón», fue un revolucionario y un hereje por romper con las más antiguas tradiciones egipcias y, en esto, incluyó al arte. Cuando los egipcios representaban la figura humana, ésta se caracterizaba por el hieratismo, su actitud estática, la mirada tensa y la rigidez general de los miembros. Se buscaba cierta perfección por esta idea de que las imágenes debían albergar la reproducción perenne de las personas. Pero Akenatón, o Amenofis, era un hombre deforme. Tuvo una apariencia anormal con su redonda cabeza que los artistas terminaron por deformar, sus hombros caídos y su vientre abultado. Estos rasgos se convirtieron en una moda durante su reinado. Y, esa es la razón de que así aparezcan sus hijas representadas. A la muerte del faraón, Egipto volvió a sus antiguas normas y eso convierte a *las Hijas de Akenatón*, por sus características artísticas, en una obra absolutamente excepcional para el arte egipcio.

En el mundo clásico, la mujer tampoco tiene una posición relevante. De hecho vivía en sus casas, a las órdenes de los hombres de la familia, de sus padres en primera instancia, o de sus maridos o hermanos varones llegado el caso. No tenían derechos políticos y, ni siquiera eran consideradas ciudadanas. Sin embargo, los ideales de la cultura brillaban en el arte que los griegos fueron capaces de forjar y, la mujer es una protagonista indiscutible en esta afirmación. Los escultores de Grecia son capaces de plasmar la belleza física y espiritual en sus obras, lo que ellos llamaban *sofrosine*, que era la importancia de la expresión, del movimiento y del dinamismo. En el período arcaico, *las korai*, destacaban por su rigidez y cierto hieratismo, que va ganando en expresión y sentimiento durante el período siguiente, el clásico, donde aparece, entonces, las transparencias en los vestidos, el equilibrio, los movimientos acompasados... Hasta llegar al helenismo, en el que el arte se vuelve ya realista, armónico, sereno, como en *la Venus de Milo*, y alcanza el movimiento intenso, casi violento, pero también muy bello en *la Victoria de Samotracia*.

El Imperio Romano no cambió demasiado las cosas para las mujeres, seguían siendo no ciudadanas y destinadas a estar tuteladas de por vida por los varones de la familia. Aunque, en Roma, disponían de más libertad, asistían a

fiestas, ceremonias, actos populares y disfrutaban cómodamente de sus propiedades. Sin embargo, como el romano es un pueblo de la guerra, dedicado a la conquista y a la expansión, parece que se centra menos en la mujer en lo que a su representación artística se refiere. Eso no significa que no se encuentren escenas admirables, especialmente en las pinturas de gran expresividad de las mujeres de *El Fayum*.

Se podrían haber expuesto algunas imágenes de patricias romanas muy sofisticadas, con sus peinados rebuscados que marcan los cambios de época, pero las chicas de El Fayum muestran lo que también fue la cultura romana... severa, adusta, sobria y de fondo delicado. Preocupados por el saber, no rechazaron ninguna cultura que, previamente conquistaban. Los romanos llevaron su mundo al resto del mundo conocido. Y así fue hasta que las tribus bárbaras del norte de Europa se hicieron fuertes y la propia decadencia de la ciudad de Roma sumió a su pueblo en la ruina. A partir de este momento, los hombres y las mujeres tendrán otra mentalidad.

La Mujer Medieval **Del siglo VI al siglo XV**

La Edad Media ha sido tratada como si fuese una época dura para los hombres que les tocó vivirla. Quizás porque, al paso de los años, la Historia reconoce al mundo clásico como un tiempo de esplendor y florecimiento cultural que había sorprendido a casi todos. De aquí se pasó a un momento en el que el saber se convirtió en un privilegio de minorías... sin embargo, el arte de la época es magnífico.

La mujer entra en la vida medieval con no muy buen cartel... Santo Tomás de Aquino dijo de ella: «*La mujer ha sido creada para ayudar al hombre, pero sólo en la procreación... pues para cualquier otra cosa el hombre tendría en otro hombre mejor ayuda que la mujer*»². Pero, tampoco hay que asombrarse puesto que Aristóteles, el filósofo griego y una de las mentes más brillantes de la Historia dijo: «*Hay que considerar la naturaleza femenina como un defecto natural*»³.

2 TOMÁS DE AQUINO, Santo. *Summa Teológica*. Libro I, qu. 92. Art. 1. BAC Madrid, 1957.

3 ARISTÓTELES, *Política*. Tomo 1. Enlace de web: Monografías.com.

Pero la mujer irrumpe en la época medieval con valor. Evidentemente, depende de su posición social la relevancia que pudiera adquirir. Pero, sigue siendo la hija de su padre, la esposa de su esposo o la hermana de su hermano... es decir, tiene derechos pero no tiene voz ni voto porque los varones de su familia hablan por ella. Pero, algunas mujeres adquirieron una presencia importante en la sociedad y esto es indudable.

Es posible pensar que el culto a la Virgen María ayudó a mejorar la imagen que se tenía. Porque el arte estaba obligado a representarla con belleza, con serenidad, con amor, con respeto y con admiración.

La Epifanía de Navasa es una excelente pintura románica del siglo XII. Es conocida por las tres edades que representan los magos y por el tono azul del fondo tan característico de este maestro... pero en ella vemos a la Virgen María y ella personifica a todas las representaciones marianas de la pintura románica. El aire hierático, casi bizantino en la composición, el dibujo duro separado por el trazo grueso, los colores puros y sin mezclas, la frontalidad de las figuras, la propia carencia de profundidad... marca las características fundamentales de ese antinaturalismo de la composición.

El escultor medieval es un experto que ejerce su función a través del propio lenguaje artístico. Rigidez en las obras, carencia de expresión en ocasiones... es la búsqueda sin medida de la espiritualidad. La Eva de Autun se considera una obra maestra. Su autor, el maestro Gilesberto la representa desnuda, contorsionada... se trata de la tentación de Eva, la mujer que los hombres dijeron que cuestionó el paraíso. Y es que los artistas medievales plasmaban lo que sentían, lo que deseaban enseñar, lo que pensaban que los demás debían aprender y procuraban poner al alcance de todos y de todas.

Pero un nuevo aire se respiraba por Europa. Es el tiempo de las catedrales, la hora de las universidades. El amor a Dios se suaviza, desaparece el miedo y la amenaza del fuego eterno. Y mientras la arquitectura se monumentaliza, la escultura se humaniza hasta el detalle. La figura de María sigue siendo la protagonista, pero con este hombre gótico de finales del siglo XII completamente renovado y este arte nuevo que le acompaña, el naturalismo impregna todas las obras. Se rompe el rigor del románico y la Virgen sonrío, se vuelve graciosa, pliega vistosamente sus paños, recibe a los peregrinos y los invita a orar dulcemente. Ejemplos de esto es la Virgen Blanca de la catedral de León del maestro Enrique del siglo XIII. Del siglo siguiente es la también Virgen Blanca

de la catedral de Toledo donde el naturalismo alcanza su máxima cota en ese contacto maternal entre la madre y el Niño.

Antes de abandonar la Edad Media, es necesario detenerse en los primitivos flamencos cuyas ciudades comenzaron a destacar en la segunda mitad del siglo XIII. El gran apogeo comercial del que fueron eco alcanzó a sus escuelas pictóricas y sus clientes dejan de ser los grandes señores, o las prósperas abadías o monasterios, sino que ahora son los burgueses que se han enriquecido con los negocios. Son propietarios de buenas casas en las ciudades y quieren decorarlas con obras de arte. Se trata, entonces, de pinturas que se caracterizan por su naturalismo, por el amor al paisaje tras las ventanas, por la minuciosidad de los detalles y la expresividad interna de los rostros en los que en cada uno de ellos se marca una vida intensa centrada en el trabajo y en pensamientos que, muchas veces, despiertan el ánimo del espectador en su deseo por conocer.

Ahora, la imagen de la mujer ya no lo representa el ideal de la Virgen María, sino la esposa del comerciante, la madre del banquero o la hija del artista.

Hay muchos cuadros importantes del período reseñado pero se pueden mencionar como representativos el de *Santa Bárbara* del maestro de Flemallé ya de 1438 y que, además, recuerda mucho a la del maestro Van der Weyden, como el de *María Magdalena leyendo*. Pero sin duda uno de los retratos más bonitos de la Historia del Arte es el de la niña Margarita Portinari de Hugo Van der Goes. En dicho retrato se percibe la profunda sensibilidad del maestro. El artista es capaz de conseguir, a través de la fisonomía de los personajes, la propia introspección del hombre angustiado que era. Margarita está muy seria, al lado de su madre, María Portinari, ante la Virgen y el Niño Dios y, sin embargo, parece que sus pensamientos están muy lejos de la escena que contempla. Van der Goes elige a una niña para representar la serena belleza contenida que, sin duda, él anhelaba.

La Mujer Moderna Del siglo XV al siglo XVIII

Con la llegada del Renacimiento en los siglos XV y XVI, la figura humana será contemplada con verdadera deferencia. La mujer vuelve a adquirir los cánones de belleza clásica, pero también es una mujer moderna, que vive su pro-

pio mundo, que forma parte de su familia con protagonismo, que asiste a la vida cultural, etc. El hombre del renacimiento se siente el centro del universo pero reconoce a su compañera como el complemento fundamental de su vida. Y los pintores, llegados a este punto, se recrean en sus modelos como nunca lo habían hecho. Los temas religiosos siguen siendo significativos, pero los grandes señores contratan retratos de ellos mismos, de sus mujeres y de sus amantes. Ha llegado este momento para el arte... el de la otra mujer, la que no es la esposa pero se convierte, muchas veces, en la musa del artista. Ese es el caso de Sandro Boticelli, pintor del Quattrocento italiano que retrató a Simonetta Vespucci por orden de la todopoderosa familia Médici, los hermanos Lorenzo y Giuliano. Los cuadros del artista renacentista están marcados por el dibujo que le da un tono plano a las formas. La luz es perfecta, la composición difícil y el volumen buscado con pasión. Los protagonistas del arte se vuelven refinados y son conscientes de su valor en la nueva sociedad. Otros retratos de la época ilustran la posición de la mujer con elegancia y con una línea muy moderna pero sin intención de crítica, como la obra de El Ghirlandaio. Su galería de interesantes retratos, destacando los que realizó a *Giovanna Tornabuoni*, la forman mujeres fundamentalmente jóvenes, pero también mayores. Sus cuadros destacan, no sólo por el alcance técnico del maestro, sino por el valor histórico en sí.

En el Cinquecento, por otro lado, los artistas se lanzan a la profundidad en las obras y ésta se consigue en un verdadero alarde de conocimiento. Algunas mujeres han inmortalizado este período con su presencia. ¿Qué hay que decir de *La Gioconda*, la obra pintada por Leonardo da Vinci en 1503? Su enigmática sonrisa que ha cautivado a todos los espectadores que la han contemplado, tampoco debió dejar indiferente a su pintor puesto que nunca se separó de esta obra y siempre le anduvo haciendo retoques.

Otro genio de la pintura que adquirió renombre no sólo por su maestría, sino por la fama que logró en los círculos sociales de la época debido al afecto que sintió por una mujer fue Rafael Sanzio de Urbino. Estaba enamorado de Margaritta Lutti, la hija del panadero, la llamada *Fornarina*, pero se desconoce por qué no se casó con ella si parece ser que la amaba tanto. Supuestamente, estaba comprometido con otra dama. La historia cuenta que vivió con su amante Margaritta seis años y cuando el pintor murió, ella entró en un convento. De Margaritta, el propio Rafael escribió «*En mi corazón tu belleza resplandece, pero mi fiel pincel no puede plasmarla. Mi amor por ti todo lo eclipsa*».

La pintura española de este tiempo está marcada por las influencias italianas que corren, junto a la fuerte herencia medieval. Artistas de diversas ciudades europeas trabajaron en la corte española y dejaron su sello para futuras generaciones. Es el caso de Juan de Flandes, posible pintor de la Escuela de Brujas que se pone a las órdenes de la reina Isabel de Castilla y la pinta a ella y a sus hijas. Destaca por su perfección técnica y por el dominio de la composición con una extraordinaria sensibilidad a la luz castellana. Cuando pinta retratos son especialmente emotivos porque transmiten un mensaje a través de sus silenciosos rostros que propician la empatía con el espectador. Son expresiones que marcan la emoción del personaje y reclaman la del observador.

Pasados los años, en la corte de los Austrias, Felipe II gestaba su tercer matrimonio con Isabel de Valois. Entra en escena, entonces, una mujer pintora, la italiana Sofonisba Anguissola que fue llamada para que retratara a la familia real así como ejercer su cargo de Dama de Honor de la Reina. Sofonisba es toda una novedad en la Historia del Arte porque hay pocas artistas hasta llegar al siglo XX, y desde luego que ejerciera un alto cargo, mucho menos. Se pintó a sí misma, a su familia y los encargos que le hacían. Destaca, sin duda, el cuadro del juego del ajedrez con sus hermanas. En él se marcan todas las edades, desde la hermana pequeña que muestra su sonrisa pícaro e infantil hasta el ama que se acerca por detrás y cuya mirada tranquila muestra la dulzura y el amor de la que ha cuidado a las niñas desde que nacieron. El autorretrato de Sofonisba muestra la mujer resuelta y segura que era.

Junto a Sofonisba trabajó en la corte el artista Alfonso Sánchez Coello dejando magníficos retratos de la reina Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II y de Isabel Clara Eugenia, la hija del rey con su anterior esposa Isabel de Valois. En el retrato de la princesa destaca la finura y delicadeza del detalle y el distanciamiento que marca la figura real.

La llegada del Barroco señaló el tiempo en que el arte vive el movimiento más desenfrenado en sus formas y termina por cuestionar todas las normas establecidas hasta la fecha. También marcó la vuelta a la Iglesia Católica en el arte y en la vida en los países que apostaron por la Contrarreforma. Con el Barroco el arte se vuelve magnífico, grande, impactante... en arquitectura, en escultura y en pintura. En Italia y en España la iconografía que prevalece es la religiosa así que se pueden encontrar la imagen de la Virgen o de santas y beatas inundando los templos. La Iglesia Católica cierra filas en los países que le

son fieles y que no se han unido al protestantismo. La verdad de la palabra se muestra, en cierta manera, a través del poder.

Lorenzo Bernini, el artista italiano más famoso de su tiempo, aprendió a mostrar la exaltación del sentimiento y el arrebató místico a través de mujeres que fueran capaces de mover a piedad y a reflexión espiritual. En su escultura *El éxtasis de Santa Teresa* muestra a la santa española con esa belleza y deseo de interactuar con el fiel con sólo mirar a la mujer que ya vive sin vivir en sí. Es un instante sobrecogedor para la Historia del Arte que también alcanza con *La Beata Ludovica Albertoni* plasmando esa puesta en escena en la que el artista era un maestro consumado.

En España esta exaltación religiosa se manifestará en un momento en que el declive de la economía del país era evidente y, sin embargo, el arte alcanzaba las cotas más altas de creación. Si bien es cierto que casi los únicos clientes eran la Iglesia y la Corte, esto, marcará la temática de la obra en el país. Por establecer una comparación con la escultura italiana, la escultura española es realista por encima de todo.

Pedro de Mena y Medrano trabajó con ese realismo tan español. El maestro plasmó los sentimientos de forma abierta, enseñando el dolor, el arrepentimiento, la pena, el sufrimiento de manera recogida y sin patetismos. Ejemplo de ello lo tenemos en sus retratos de Dolorosas, pero de forma especial se puede mencionar su *Magdalena penitente*, que está dolorida pero sosegada. No quiere escapar del mundo. Está modelada con delicadeza. Parece sensible, espiritual, muy joven para tanta pena...

La pintura barroca, sin embargo, no se centra en los palacios y en las iglesias de una forma tan abierta, sino en la sociedad, en la gente, en sus trabajos y en sus intereses.

El pintor flamenco Pedro Pablo Rubens pinta a la mujer en una constante alegoría mitológica donde destaca el color, la vivacidad, la amplitud de movimientos, los desnudos femeninos, la dinámica de la composición. Son mujeres gruesas, de carnes sonrosadas, de curvas sinuosas y sonrisas astutas. Pero también retrató a las nobles damas... muy alejadas de toda alegoría, como el cuadro de Isabel Clara Eugenia de monja. También pintó a su mujer Isabel Brandt y, posteriormente, a su joven segunda esposa Elena Fourment, así como a su hija Clara. Rubens era un retratista de familia y un admirador de la mujer.

Pero Holanda estaba a punto de marcar un cambio en la Historia de la Pintura. Su sociedad calvinista que había dejado al margen el tema religioso, se había centrado en el retrato y escenas de hogar. Se trata de una sociedad burguesa, de grandes hombres de negocios en un país pequeño. Así serán también sus cuadros, grandes en calidad, pequeños en tamaño. Se busca lo cotidiano, los detalles, los interiores de las casas, aunque éste no fue un tema único. Pero evidentemente, la mujer sale como protagonista de estos cuadros porque la mujer es la señora de la casa y... son cuadros de casas. Un pintor llamado a la universalidad fue Vermeer de Delft que pintó con maestría los interiores de los hogares, las luces en las habitaciones, las mujeres en esas habitaciones. Sus cuadros son, definidos por los historiadores, como pura poesía de colores.

De Rembrandt, élite en la pintura mundial, se puede decir que atiende a lo humano de una forma especial y, a través de su pintura, se ve al hombre que no se dejó impresionar por nada, que criticó y, a veces, ironizó a la sociedad de su tiempo. Rembrandt fue un auténtico maestro y pintó a las dos mujeres de su vida, a Saskya, su esposa, y a Hendrikje, su amante, y con la que no pudo casarse por las cláusulas testamentarias de Saskya. Rembrandt es el pintor del color y de los juegos de luces y sombras, del estudio psicológico de los personajes a través de la textura cromática, pero también de su propia amargura. Sus retratos marcan una época.

España en ese mismo tiempo vive ese ocaso político y económico mencionado pero sus artistas mantendrán su fingido esplendor a través de la época más dorada del arte español. Evidentemente, el arte religioso siempre tendrá un espacio reservado. Y se vive el momento de derroche para la imagen de María o de sus santas. Las composiciones son sencillas, naturales y tenebristas. La pintura de José de Ribera se caracteriza por ese dominio de las luces y de la escala cromática. Cuando Ribera pinta a una mujer de su época es capaz de hacerlo representando a la que simboliza la más sublime belleza (la Virgen María) como también a una pobre y fea mujer, Magdalena Ventura, que fue su modelo para la mujer barbuda. Y se descubre en sus cuadros a la que es venerada en la más alta estima de los hombres, como a la que sufre simplemente por su aspecto físico. Pero esta mujer deforme muestra el valor de la maternidad y mira de frente con un cierto aire de desafío. El barroco español es, sin duda, un mundo de situaciones extremas, los nobles y los pobres, la vida cómoda y la vida de la calle...

Es patente que no se puede pasar por alto a una de las figuras más importante de la pintura española, Diego Velázquez. El pintor recreó a la mujer en todas las edades de una manera excepcional.

Del mundo de las niñas nada puede quedar mejor representado que los retratos de la Infanta Margarita. El historiador del arte Julián Gállego ha escrito: «*Margarita fue un rayo de luz en la entristecida morada de los reyes, su defecto (en un vástago real) ser hembra lo equilibró pronto con su gracia y viveza*»⁴. Velázquez siempre pintó a Margarita de manera delicada. Ella representaba a la alta sociedad española del siglo XVII pero no se ve en ella altanería y distancia, sino cierto aire enigmático y quizás preocupación por el futuro que le depa-
raban.

Las mujeres jóvenes y adultas de Velázquez son siempre elegantes. Algunas de ellas recuerdan a las bellas damas renacentistas italianas. Ellas son un verdadero tributo de admiración del artista. Se puede observar, a través de la mirada del pintor, a estas españolas trabajadoras que vivían de sus tareas sencillas y modestas con las que apoyaban a sus familias

Y, finalmente, la edad madura y anciana: la vejez. *La vieja friendo huevos* es un tema de la vida diaria en el que el pintor aprovecha el chorro de luz que proporciona el velo de la vieja, los cuencos y los propios huevos, así como el rostro de mirada perdida del chico para crear una atmósfera tenebrista de inigualable calidad técnica. La imagen de la vieja está tratada con todo respeto. No hay ironía, ni desapego por su condición. Velázquez trata la ancianidad como otra fase más de la vida.

La Mujer Contemporánea **Siglos XIX y XX**

Por seguir con España, Goya fue un buscador de nuevos estilos. Cada manera de pintar dependía de las circunstancias personales o sociales que viviese. Cultivó numerosos géneros: pintura religiosa, paisajes costumbristas, grabados y dibujos, temas patrióticos, pinturas negras y retratos. Y no hay duda que en estos últimos tuvo predilección por el mundo femenino. Goya fue un hom-

4 GÁLLEGO, Julián. *Diego Velázquez*. Antrophos. Ed. del Hombre. Barcelona, 1983.

bre que vivió una amargura personal (su sordera) en medio de otra amargura social (la guerra) y va pasando de sus cuadros alegres y coloristas hasta las pinturas negras; cuadros donde se plasma el miedo y la mentira de la época pero con una profunda carga de crítica social por parte del pintor.

Sin embargo, Goya pintó *La lechera de Burdeos* al final de su vida. Se trata de una hermosa pintura que plasma la serenidad que, al final, logró alcanzar. Colores pasteles de fondo, una mujer en primer plano con la mirada puesta en sus pensamientos, relajada, desahogada... Después de las tormentosas series de grabados y pinturas negras, el retrato de una mujer pone calma en su agitado espíritu.

Quizás ya ha llegado un nuevo tiempo para las mujeres porque desde finales del siglo anterior se critica la dependencia económica de éstas en el matrimonio. Se alzan voces que exigen que las leyes del Estado sean el instrumento para acabar con la subordinación femenina. Por primera vez se habla de principios morales y costumbres que se tienen que cambiar para que la mujer pueda asumir plenamente su condición de ciudadana que hasta la fecha se le ha vetado. Y ya que se ha citado la opinión que tenían de las mujeres filósofos anteriores, es justo citar al también filósofo y parlamentario inglés Stuart Mill que en 1869 escribió: «*Que las mujeres tengan las mismas fundamentadas razones que los hombres, por el hecho de ser personas, a reclamar el derecho al voto o a tener un lugar en el jurado, es algo difícil de negar por cualquiera*»⁵. Pero recuérdese que el artista es un hombre de su tiempo y pinta libremente sus propios pensamientos. Eso quiere decir que no siempre va a quedar reflejada la realidad social deseada.

A caballo entre el siglo XIX y XX vivió el pintor español Joaquín Sorolla cuya increíble obra iluminada por la luz del Mediterráneo, su técnica suelta de manchas, el movimiento del mar, el brillo de la piel mojada, las escenas costumbristas de la playa, han hecho de este artista un hombre más cercano a la influencia de los grandes maestros españoles como Velázquez y Goya, que a los propios franceses impresionistas. Su pintura *Saliendo del baño* evoca las escenas que se ven en las playas, sean mediterráneas, sean atlánticas, de las madres secando a sus hijos tras un rato en el mar.

5 MILL, John Stuart., *El sometimiento de las mujeres*. Edaf, Madrid, 2005.

Del siglo XX se distinguen muchos artistas porque ha sido un siglo muy prolífico para el arte. La imagen de la mujer queda en manos de los caprichos del pintor. Del panorama español mencionar a dos pintores: Picasso y Dalí. Tras varias etapas artísticas, Picasso se centra en un cubismo de metamorfosis donde las formas se cambian y se convierten en la expresión de la angustia y, en cierto modo, de lo onírico del pintor. La *Mujer sentada a orillas del mar* es una representación de cómo Picasso alteró la forma humana, la de una mujer concretamente, convirtiéndola en un cuerpo contorsionado y violento. Este cuadro lo pintó en 1929 cuando Estados Unidos se debatía en la mayor crisis financiera de su historia y cuyas consecuencias pronto alcanzarían a Europa y serían, además, catastróficas.

Dalí, por otro lado, es el hombre surrealista por antonomasia, un auténtico soñador y provocador. La pintura de la mujer escogida no se corresponde con la parte de su obra más conocida, pero representa los primeros atisbos del surrealismo cuando todavía no se había desatado del academicismo de sus primeros tiempos. Su *Muchacha asomada a la ventana* rompe con el clasicismo al representarla de espaldas o poder contemplar la bahía que muestra unas dimensiones mayores que las naturales.

En las islas Canarias también sobresalen varios artistas de renombre internacional. En Gran Canaria, concretamente, se distinguen, entre otros, a Néstor de la Torre, a Santiago Santana y a Antonio Padrón. Del simbolista y modernista Néstor de la Torre, el pintor de la ciudad de Las Palmas, despuntan sus poemas de los elementos, resaltando del Poema de la Tierra, el cuadro la *Noche*. Néstor pinta siempre cuerpos muy musculosos y en posturas apasionadas sean hombres o mujeres. Santiago Santana, el pintor de la ciudad de Arucas, enfatiza su indigenismo y esa autenticidad que domina su obra. El historiador Lázaro Santana dice que los personajes del artista son femeninos casi todos, y que conectan de manera directa con la campesina canaria⁶. Las dos chicas de este cuadro *Campesinas descansando* nos recuerdan el prototipo de mujeres que muchos artistas han definido para las trabajadoras del campo: robustas, de rasgos severos, calladas. Llama la atención el escorzo de la del vestido rosa, y que tampoco hay un paisaje de fondo, lo que parece darle al descanso de las

6 SANTANA, Lázaro., *Regionalismo y vanguardia. Historia del Arte en Canarias*. Edirca SL. Las Palmas de Gran Canaria, 1982.

mujeres una mayor interiorización y un clima melancólico. Finalmente, Antonio Padrón, el pintor de la ciudad de Gáldar, plasmó a la mujer *En la Exposición* con todo el sabor del expresionismo canario, con un aire de incertidumbre, emoción y casi desafío ante el arte actual. Tres mujeres de pueblo que se paran ante una obra de arte abstracto y que si la entienden o no, desde luego, no parecen preocupadas. Quizás sea un guiño del maestro que tras sus años de estudio en Madrid, prefirió vivir retirado y algo solitario en su ciudad natal al margen del bullicio que el arte propugnaba.

En cualquier caso, este recorrido a través de la historia del arte quedaría incompleto si no incluyera a mujeres de otras culturas. La pintura de oriente se recrea en escenas sencillas pero llenas de contenido. Kitugawa Utamaro, pintor japonés del siglo XVIII se identificó por sus elegantes escenas femeninas. Se trata de una pintura de suaves curvas que consigue la sensación de movimiento de la línea de forma mágica.

Pintores de hoy, de plena actualidad son Ebrima Marong y Joadoor. El gambiano Marong plasma la presencia humana de forma amable en sus lienzos. Su *Niña Azul* es muy representativa. Él pinta a las abuelas, a las madres y a las hijas de su África natal. Y es que África es un continente que impone. Es tierra de oposición. Por un lado su riqueza natural y, por otro, la pobreza de su gente, cuna de la humanidad y apartada, después, de su avance. La vida no es fácil allí, pero sí lo es intensa y sorprende a todo el que toca África. Esto le ocurre a muchos artistas, sea cual sea su procedencia. Joadoor es la unión de dos artistas holandeses que se sienten seducidos por el castigado y atractivo continente, que exploran los estilos de las antiguas y ancestrales culturas para darles un toque contemporáneo que las vuelve únicas. Y su precioso cuadro *Flor del desierto* cierra este recorrido de la historia.

Sólo una última reflexión... ¿qué papel juegan las mujeres de la Iglesia en el arte? Una respuesta es que la que es Madre de la Iglesia ha marcado una manera nueva de mirar de los artistas. Los propios Padres antiguos que afirmaban que Eva era la muerte, reconocían que María era la vida. Y por citar, finalmente, a un hombre de la Edad Media, a San Buenaventura, éste dijo que Dios podría haber hecho un mundo más grande, o un cielo mayor, pero no podría hacer nada más grande que María⁷. Los artistas han tenido en Ella una

7 BUENAVENTURA, San. *Obras completas*. BAC. Madrid, 1945-46.

continua fuente de inspiración e información también a lo largo de la historia. Pero parece que hoy el arte ha roto sus lazos con Ella. Ya no es su protagonista. Es posible que la razón sea tan simple como que ya nadie encarga retratos, ni escenas religiosas como se hacía antes; o que la vida va tan deprisa que no queda ni un minuto para contemplarla. Y así, la imagen de la Virgen que inspiró a un artista desconocido en el siglo XII, mira algo triste al que repara en Ella.